

DONDE INVESTIGAR LA HISTORIA DE NUESTROS TRABAJADORES

Marielos Aguilar Hernández

INTRODUCCION

Al aproximarnos al estudio de la clase trabajadora costarricense nos surgen básicamente dos interrogantes. La primera de ella es: ¿Dónde reconstruir los procesos históricos que evidencien el desarrollo de los trabajadores como un grupo social particular? La segunda es: ¿Cómo investigar esa historia? Nuestro propósito en este artículo es contribuir a responder, en alguna medida, esas interrogantes.

Para ello hemos dividido este trabajo en dos partes. La primera de ellas constituye un inventario general de los fondos documentales donde puede recuperarse la memoria histórica de nuestros trabajadores. La segunda constituye una bibliografía comentada que abarca alrededor de una veintena de obras producidas sobre el tema en cuestión. Aquí no pretendemos hacer un análisis exhaustivo de contenidos o de método, aunque nos atrevemos a subrayar los principales aportes, rasgos y tendencias metodológicas. En realidad, más que responder a la interrogante de cómo hacer esa historia se trata de señalar cómo se ha hecho hasta ahora.

Las obras que comentaremos no agota, de ninguna manera, la bibliografía producida sobre el tema de los trabajadores. Estamos conscientes de que toda selección corre el riesgo de ser arbitraria. Por eso, de antemano ofrecemos disculpas a nuestros colegas no citados.

I. LAS FUENTES

1. Los periódicos

El centro de documentación periodística más grande de nuestro país se encuentra en la he-

meroteca de la Biblioteca Nacional. Ahí existen alrededor de 450 colecciones, la primera de las cuales data de 1833.

Existen otras colecciones periodísticas en algunas instituciones públicas como la Asamblea Legislativa y el Banco Central, aunque con documentos mucho más recientes, generalmente desde 1948 hasta el presente.

En las bibliotecas de las universidades estatales (UNA Y UCR) también se han organizado hemerotecas que conservan la prensa nacional de las últimas tres décadas.

En estos centros de documentación no existen clasificaciones específicas para las publicaciones periodísticas de los trabajadores. Hasta ahora, la guía fundamental para la consulta la constituyen las bibliografías y anexos de las investigaciones realizadas en este campo.

Vale la pena destacar la existencia en la Biblioteca Nacional de por lo menos ocho colecciones de periódicos denominados obreros, entre ellos, El Artesano (1888), El Demócrata (1890), El Obrero (1890), El Hijo del Pueblo (1893), La Aurora (1904), Hoja Obrera (1909) y La Aurora Social (1910). También se encuentran ciertas colecciones de revistas, entre ellas, Renovación (1912), de gran importancia porque expresa el pensamiento anarquista de algunas organizaciones de comienzos de siglo.

También en la Biblioteca Nacional existe una colección de la revista Repertorio Americano, dirigida durante varias décadas por su gestor, el intelectual costarricense Joaquín García Monge. Esta colección es de un enorme valor para el estudio de las ideas políticas y filosóficas que sustentaron desde los años veinte hasta los cincuenta, in-

signes intelectuales de pensamiento crítico de toda América Latina, vinculados, las más de las veces, a las luchas populares de nuestro continente.

A partir de 1930, la variedad de publicaciones obreras disminuyeron sustancialmente. Varios fueron los factores que originaron ese fenómeno, pero tal vez uno de los más relevantes fue el surgimiento del Partido Comunista, que desde entonces se encargó de dirigir la principal publicación de ese carácter en nuestro país. Es así como el periódico Trabajo (1931-1948) constituye la principal fuente para el estudio de los trabajadores y sus organizaciones en ese lapso.

Debido a los sucesos de la Guerra Civil de 1948, y especialmente, a la ilegalización de la principal confederación sindical (CTCR), y del Partido Vanguardia Popular (PVP), no contamos con los periódicos denominados obreros entre ese año y 1952. Según dirigentes de esas organizaciones que aún viven, entre ellos el abogado Alvaro Montero Vega, se editó un semanario clandestino, también llamado Trabajo, pero desconocemos si existen ejemplares de él.

No fue sino hasta 1952 cuando comenzó a circular el semanario Adelante, nuevo vocero del entonces ilegal Partido Comunista (PVP). De éste tenemos la colección completa en la Biblioteca Nacional. Fue puesto fuera de la ley en 1962, y desde entonces hasta 1984 se publicó en su lugar el semanario Libertad.

Durante los años setenta salieron a la luz pública varios periódicos de carácter popular, producto del surgimiento de nuevas organizaciones políticas de izquierda, entre ellas el Partido Socialista Costarricense (PS), el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), y la Organización Socialista de los Trabajadores (OST). También se editaron el periódico Pueblo, entre 1973 y 1978, como vocero de un sector cristiano afín a los intereses de los sectores populares.

Durante los años ochenta, de nuevo se redujeron las publicaciones periodísticas de estos sectores, especialmente a partir de 1984, debido, entre otras razones, a la división del Partido Comunista (PVP). De ahí en adelante ese partido denominó a su vocero Libertad Revolucionaria, debido a que un sector que se le desprendió y que fundó

el Partido del Pueblo Costarricense (PPC), inició la publicación de un periódico bajo el mismo nombre de Libertad.

Desde 1988 hasta 1991 el PVP publicó su semanario con el título de Adelante, retomando el nombre de aquella publicación de los años cincuenta. Ese fue uno de los últimos periódicos de carácter popular producidos en nuestro país hasta el momento.

Actualmente, algunas organizaciones gremiales y sindicales hacen circular sus boletines o periódicos, pero con el problema de que no todas se preocupan por hacerlos llegar a las hemerotecas regularmente y, por lo tanto, esas colecciones están muy incompletas.

La disminución, o casi desaparición, que hoy día experimentan las publicaciones periodísticas de carácter popular, nos obligarán en el futuro a un esfuerzo de investigación aún mayor para compensar, aunque sea parcialmente, la ausencia de documentos tan importantes como los periódicos y semanarios arriba citados.

2. Los archivos sindicales

Antes de 1948, es muy difícil pensar en reunir la documentación interna de las organizaciones sindicales y políticas de los trabajadores. Varias son las razones que impiden contar con fuentes tan valiosas. En primer lugar, hasta donde se tiene conocimiento, por lo menos antes de 1930 no existen libros de actas, panfletos u hojas sueltas, que nos informen con detalle sobre la vida cotidiana de esas organizaciones. Lo que por ahora conocemos es un folio que existe en la Biblioteca Nacional, donde se archiva una serie de hojas sueltas publicadas en distintos momentos por partidos políticos, ligas cívicas, e incluso, por algunas asociaciones artesanas. Tienen un indiscutible valor como testimonio de ciertas épocas, pero no son suficientes para estudiar con profundidad la historia de la clase trabajadora.

Sin embargo, para los años veinte existe un archivo de gran valor que es el del Partido Reformista, en poder de los familiares de su principal dirigente, el General Jorge Volio. Ese archivo

reúne algunas actas, boletas de inscripción, afiches, etc.

Con respecto al Partido Comunista, las posibilidades de rescatar los documentos de sus primeros años son muy pocas, debido a que durante los días de la Guerra Civil desaparecieron gran parte de la documentación, en manos de las fuerzas policiales del nuevo régimen, o destruida por algunos dirigentes para evitar la represión de esos cuerpos.

La mayoría de los documentos que se conservan están en manos de la familia del dirigente Manuel Mora Valverde, Secretario General del Partido Comunista desde 1931 hasta 1989. Luego de la muerte del señor Mora, su familia ha comenzado a preocuparse por la organización y conservación de los fondos que poseen. Para ello han solicitado la asistencia técnica del Archivo Nacional.

Otra parte de la documentación del PVP se encuentra en los archivos que conservan dirigentes como el señor Humberto Vargas Carbonell. Destaca por su valor el archivo fotográfico que posee ese partido. Este reúne los materiales fotográficos que acumularon el periódico Libertad durante, aproximadamente, treinta años.

En el caso de la antigua Confederación de Trabajadores de Costa Rica (CTCR), según viejos dirigentes, no existe su documentación, pues ésta desapareció como consecuencia de la Guerra Civil de 1948. Cabe recordar que esa confederación fue disuelta legalmente por la Junta de Gobierno presidida por José Figueres Ferrer.

Las posibilidades de recuperar los documentos de las confederaciones y las organizaciones políticas aumentan a partir de los años cincuenta. Por ejemplo, buena parte de los archivos de la Confederación General de Trabajadores (CGT) (1953-1979) se encuentran junto con los documentos de la Confederación Unitaria de Trabajadores (CUT), organización que reúne desde 1980 una parte de las organizaciones sindicales del país. Esos archivos están sin clasificar y urge ordenarlos y rescatarlos.

Lo mismo sucede con los archivos de otras centrales como la Central Costarricense de Trabajadores Democráticos (CCTD), la Confederación de Trabajadores Costarricenses (CTC), la Confe-

deración Nacional de Trabajadores (CNT) y de un gran número de sindicatos independientes, cuya documentación está esparcida por oficinas, bodegas y bibliotecas personales de algunos dirigentes.

Pareciera ser más fácil, o por lo menos más directa, la recuperación de los archivos relacionados con la historia de los empleados públicos, pues ese es el sector laboral más organizado de nuestro país. La mayoría de sus organizaciones datan de los años cuarenta y cincuenta en adelante, por ejemplo, ANDE, UNDECA, UPINS, La Unión Médica Nacional, ANEP, algunos sindicatos del sector bancario, otros del sector ferrocarrilero, para citar solo unos pocos casos. Esas organizaciones aún se encuentran activas, lo cual podría facilitar su rescate.

No ocurre lo mismo con las organizaciones sindicales de la empresa privada, pues prácticamente, casi todas han ido desapareciendo. Nos preocupa, por ejemplo, el destino de los archivos de los sindicatos bananeros disueltos a lo largo de los años ochenta, y de aquellos pocos sindicatos industriales que sobrevivieron hasta hace poco tiempo.

3. Los archivos de instituciones públicas

La Ley del Sistema Nacional de Archivos (octubre de 1990) establece en los artículos 4 y 8 que toda la documentación de valor científico cultural producida por las instituciones públicas debe trasladarse al Archivo Nacional. Esta es una garantía para los fondos documentales estatales que poseen parte de la historia de la clase trabajadora.

La ley en mención establece que al finalizar la gestión gubernamental de cada administración, en el transcurso de los ocho días siguientes, debe trasladarse al Archivo Nacional todo la documentación de los archivos centrales de las diversas dependencias de los poderes ejecutivo, legislativo y judicial.

Pero antes de 1990 no todas las instituciones públicas se preocuparon por enviar sus materiales periódicamente, por lo cual esos documentos casi nunca son accesibles por estar en proceso de clasificación. Por eso, a menudo debemos rastrear la

información directamente en los archivos de las diversas oficinas o ministerios.

En ese sentido, la documentación del Ministerio de Trabajo constituye uno de los acervos más valiosos para el estudio de los trabajadores y sus organizaciones. Así por ejemplo, El Departamento de Organizaciones Sociales, la Dirección de Relaciones Laborales y la Sección de Estadística poseen la información más reciente sobre aspectos cuantitativos de las organizaciones laborales, y de su gestión reivindicativa.

Los archivos del Instituto Nacional de Seguros (INS) en lo que respecta a «Riesgos del Trabajo», también poseen un gran valor para la memoria histórica de la clase trabajadora. Los accidentes y las enfermedades del trabajo ocurren en determinados contextos laborales que pueden ser estudiados a partir de esas fuentes. De esta forma, es posible observar, con otro prisma, las condiciones de trabajo en que han vivido los trabajadores costarricenses a partir de 1925, año en que esa institución fue creada.

En ese mismo sentido, debemos valorar la riqueza documental que ofrecen los archivos y las estadísticas de la Caja Costarricense de Seguro Social (CCSS), pues nos pueden ayudar a complementar la información que necesitamos para el estudio de las condiciones y los niveles de vida de los sectores populares en general.

Vale la pena destacar también, la valiosa documentación que poseen la Sección de Expedientes de la Corte Suprema de Justicia y los Archivos de los Tribunales de Trabajo. Ahí se encuentran innumerables legajos relacionados, por ejemplo, con movimientos huelguísticos sometidos a procesos judiciales, dirigentes encausados debido a su participación sindical o política, disputas obrero patronales individuales, etc.

Los archivos municipales también constituyen una valiosa fuente informativa. En los libros de actas de las sesiones de los consejos municipales, muy a menudo aparecen transcritas las intervenciones de gremios, asociaciones vecinales, clubes, etc, que reflejan parte de la vida y del mundo de esos sectores. Las llamadas «audiencias al público» se han convertido a lo largo de la historia en tribunal de denuncia, que muchas veces reflejan

las aspiraciones y las necesidades de aquellos que hicieron uso de su derecho a la petición pública.

En este recuento general no podríamos prescindir de la invaluable documentación que posee la Dirección General de Estadística y Censos, censos poblacionales, de vivienda y de industria, encuestas de hogares, etc. Para la mayoría de las investigaciones sobre la clase trabajadora, estas fuentes son de consulta obligatoria.

A lo anterior, debemos agregar otros tipos de fuentes que son imprescindibles para hacer una investigación histórica con un apropiado sustento documental. Nos referimos, por ejemplo, a las colecciones de leyes y decretos que se encuentran tanto en la Biblioteca Nacional como en la Asamblea Legislativa. Aquí también se encuentran los archivos generales del Poder Legislativo, donde se localizan todos los expedientes de la legislación aprobada, o no, lo cual resulta valioso para investigar temas tan relevantes para nuestro objeto de estudio como las luchas por el fuero sindical, los intentos de reforma al Código de Trabajo, las luchas por recobrar la legalidad de las organizaciones políticas de izquierda a principios de los años setenta, etc.

Las memorias presidenciales y ministeriales también poseen gran importancia para observar las percepciones de la clase política respecto de las organizaciones y las luchas de la clase trabajadora. Esta documentación se encuentra tanto en el Archivo Nacional como en la Biblioteca Nacional.

Alguna de la documentación que posee la Procuraduría General de la República también puede resultar de gran interés para nuestros propósitos. Generalmente, se origina en las múltiples consultas de los sindicatos del Estado sobre temas tan importantes como su derecho a la negociación colectiva, los alcances de la legislación laboral en sus centros de trabajo, etc. Ese material se ha producido durante los últimos quince años y es esclarecedor para el estudio de las relaciones del Estado con las organizaciones de sus trabajadores.

La sede regional de la OIT, cuyas oficinas están en nuestro país, también constituye una valiosa fuente de documentos sobre la clase trabajadora. En este momento está impulsando la creación de una base de datos referente a aspectos laborales de los países centroamericanos.

Por último, no quisiéramos dejar de mencionar la riqueza que ofrecen las fuentes orales para el rescate de la memoria colectiva de nuestra clase trabajadora, conformada por una larga cadena de triunfos y derrotas que aún conservan en sus mentes dirigentes y héroes anónimos. Recurrir a esa memoria colectiva puede resultar muy enriquecedor porque es posible que le imprima al proceso de investigación una dimensión más humana, y quizá, más real. Una gran cantidad de grabaciones se encuentra en el Centro de Investigaciones Históricas de nuestra Universidad, y en diversos centros de investigación y de acción social, así como en poder de muchos investigadores.

II. LAS INVESTIGACIONES

El estudio de los trabajadores costarricenses es relativamente reciente. Hace poco más de veinte años que algunos estudiosos de las ciencias sociales, principalmente historiadores y sociólogos, iniciaron esa tarea. Fueron tres las obras que abrieron brecha en los años setenta al fomentar una renovación temática con la incorporación de los trabajadores como protagonistas de la historia nacional: *Condicionantes del desarrollo sindical en Costa Rica*, de Oscar Cuéllar y Santiago Quedo (Revista de Ciencias Sociales, U.C.R. No.15-16, 1978), *La iglesia y el sindicalismo en Costa Rica* del norteamericano James Baker y *Las luchas sociales en Costa Rica: 1870-1930* de Vladimir de La Cruz.

El primero constituye un análisis de los factores que afectaron el desarrollo del movimiento sindical de nuestro país hacia mediados de los años setenta. Ese estudio se hizo a partir de los datos censales elaborados en 1963 y 1973 por la Dirección General de Estadística y Censos. Se trata de un análisis fundamentalmente cuantitativo, que se refiere a los alcances y las limitaciones de los sindicatos en aquella coyuntura. Subraya la importancia cobrada por los sindicatos del sector público en los años setenta, frente a un sindicalismo decadente en la empresa privada.

El trabajo de Baker, más que un estudio del movimiento obrero, constituye un análisis de las

relaciones entre la Iglesia Católica y un sector de las organizaciones de los trabajadores. El autor parte de la tesis de que en Costa Rica, donde el aparato militar no ha tenido un gran peso, la institución más fuerte después del Estado es la Iglesia Católica. Debido a eso se interesa en determinar el impacto eclesial en el desarrollo del movimiento sindical.

El libro de Baker es el producto de una seria investigación documental, que se refleja en la abundante bibliografía que incluyen libros, folletos, volantes, revistas, tesis de grado, entrevistas, trabajos inéditos, en fin, es una obra de consulta obligatoria, no solo para los estudiosos del movimiento sindical, sino para quienes deseen tener una visión comprensiva de la historia nacional.

Por su parte, el objeto de estudio de la obra de Vladimir de La Cruz está circunscrito a las diferentes formas de lucha ensayadas por los obreros, y trabajadores en general, para conquistar algunas reivindicaciones que mejoraran sus condiciones de vida, y que además, les permitiera una mayor presencia política en la vida nacional. Este es un vasto estudio que se basó en la investigación de diversas fuentes, sobre todo en varias colecciones periodísticas.

La importancia de este trabajo radica en su carácter pionero, al igual que los dos anteriores. Sin duda, abrió nuevas posibilidades temáticas para la investigación de la historia social, pues al integrar a los trabajadores como parte de la vida socio económica y política, se comenzó a cuestionar el papel desempeñado por la historia tradicional. Esta era una versión de la historia de grandes hombres y grandes acontecimientos, donde la clase trabajadora no jugaba ningún papel.

Por ese tiempo, Manuel Rojas Bolaños escribió *El movimiento obrero en Costa Rica* (Reseña Histórica), (González Casanova; 1985: T.2, 253). El principal aporte de este trabajo es haber propuesto una periodización histórica del movimiento obrero costarricense, que constituyó una visión de conjunto del proceso organizativo y de lucha, protagonizado por los obreros y otros sectores laborales. Esta periodización establece seis cortes históricos que reflejan los distintos momentos de las experiencias organizativas, especial-

mente de los trabajadores urbanos. El primer período va de 1880 a 1920 y el autor lo titula «Hacia el Sindicato». El segundo período va de 1921 a 1931 y se denomina «La búsqueda de una expresión política independiente». El siguiente corte cubre el período 1931-1942 y trata «La fundación del Partido Comunista y el nuevo carácter de las luchas obreras». El cuarto período se extiende de 1940 a 1948 y en él se estudian «Los años de la Alianza», para referirse al ensayo costarricense de la política de frente popular, puesto en práctica en ese período. Luego, el autor establece un largo corte de 1948 a 1978, para referirse a lo que él denomina «Hacia una nueva etapa de auge de las luchas obreras».

El objeto de estudio de este trabajo es el movimiento obrero en el marco del desarrollo capitalista costarricense. En la definición de ese objeto de estudio es clara la influencia de la obra de Vladimir de la Cruz. El aporte de este ensayo se observa en casi todos los trabajos posteriores, pues la mayoría se acoge a la periodización propuesta por Rojas.

En 1978 se produjo otra investigación importante titulada El movimiento huelguístico en Costa Rica. 1950-1962, de Carlos A. Abarca (Tesis de grado en Historia, UCR, 1978). Este es otro de esos trabajos pioneros que dedicaron grandes esfuerzos para rescatar las luchas de los trabajadores costarricenses. Su objeto de estudio son las huelgas y los paros laborales que se suscitaron entre 1950 y 1962 en la zona bananera del Pacífico Sur y en los principales centros urbanos del país. En esta investigación el autor privilegia el análisis de los momentos de clímax en la lucha obrera y sindical, pero también estudia otros aspectos, por ejemplo, el proceso organizativo de los trabajadores y el deterioro de sus condiciones de vida.

En 1979 se publicaron otra obra referente a la temática que aquí nos ocupa, llamada Del Artesano al Obrero Fabril, de los sociólogos Raimundo Santos y Lilliana Herrera. Su objeto de estudio es el desarrollo de la clase obrera costarricense, tomando en cuenta tres aspectos fundamentales: su proceso de constitución como clase, el estudio de sus principales manifestaciones culturales, sobre todo en la fábrica y en los barrios donde habi-

ta, y la estrategia de los partidos políticos con relación al movimiento obrero.

Este es el primer trabajo que va más allá del marco organizativo, para estudiar otros aspectos de la clase obrera, como por ejemplo, el proceso productivo y sus lugares de residencia, visto todo ello como el entorno cultural que explica el comportamiento colectivo de los obreros.

En 1980, Elisa Donato presentó su trabajo de graduación sobre el tema Las luchas laborales en el sector industrial de Costa Rica: 1960-1978. (Tesis de Licenciatura en Sociología, UCR, 1980). El objeto de estudio de esta investigación son las diversas formas de lucha laboral que practicaron los trabajadores urbanos en el período en estudio. Uno de sus objetivos es destacar los efectos de la integración económica centroamericana en el proceso de industrialización de nuestro país. Asimismo, examina el desarrollo de los conflictos colectivos planeados por los obreros industriales del área metropolitana de San José. Este trabajo tiene el mérito de usar una gran cantidad de fuentes primarias, las cuales le permitieron a la autora sustentar muy bien los resultados de su investigación.

En nuestro criterio, las obras hasta aquí reseñadas comparten algunas características que deseamos subrayar. En primer lugar, la mayoría de los autores asumen que desde finales del siglo pasado, existía en Costa Rica un contingente de trabajadores proletarizados, predominantes en el seno de la clase trabajadora, que exhibían cada vez más claramente su potencial revolucionario. Esta clase, según ellos, se organizó desde sus inicios y luchó para arrancarle a la clase dominante algunas reivindicaciones de carácter socioeconómico y político. En este sentido, el trabajo más representativo es el de De la Cruz.

La segunda característica de estos trabajos es que se concentran en el estudio de la organización y de las luchas de la clase trabajadora. Esto sirvió, en buena medida, para marcarle el sendero a las nuevas investigaciones que han debido subsanar los vacíos en el conocimiento de otros aspectos, por ejemplo, el proceso de formación de la clase, sus manifestaciones culturales, sus condiciones de vida, etc.

El trabajo de Santos y Herrera es el primero que pretende estudiar la formación de la clase obrera. Sin embargo, a nuestro juicio presenta dos limitaciones: no utiliza todas las fuentes primarias que deberían venir en apoyo de sus hipótesis y, por otro lado, restringe el análisis al período del Mercado Común Centroamericano en los años sesenta, dándole poco énfasis al desarrollo precedente. Esto nos deja un vacío con respecto a las manifestaciones culturales de la clase obrera costarricense en sus orígenes.

En este sentido, queremos señalar que mientras los trabajos realizados por los historiadores se interesan por estudiar, especialmente, los orígenes de las luchas obreras, los aportes de los sociólogos se ubican, casi todos, en el período de la segunda posguerra.

La tercera característica que comparten estos trabajos es que, explícita o implícitamente, sostienen la tesis de que debe existir un mayor compromiso de los investigadores con el proceso de cambio social del país, lo cual llevaron a plantear, al igual que en el resto de América Latina, un debate de múltiples aristas teóricas y prácticas.

Es importante señalar que los problemas metodológicos que se les han presentado a historiadores, sociólogos y otros científicos sociales, no son los mismos en cada caso, debido en primer lugar, a la naturaleza de cada disciplina y, en segundo término, a la trayectoria recorrida por cada una de ellas.

En cuanto a la Sociología, debemos tener presente que su enseñanza e investigación en Costa Rica, comenzó hace relativamente poco tiempo. Antes de 1960 la difusión de los conocimientos sociológicos era escasa y, nos atreveríamos a decir que elemental. De ahí que cuando se dieron mejores condiciones, la Sociología no tuvo que romper con una larga tradición de conceptos que obstaculizaran su desarrollo.

No sucedió lo mismo con la historia, pues siempre se le ha concedido una gran importancia en los programas de enseñanza, y desde el siglo pasado, se ha producido una larga serie de investigaciones. Esto hizo que la historia tradicional se convirtiera en otro de los elementos importantes para el ejercicio de la dominación ideológica. Por

eso, cuando se comienzan a palpar en los años sesenta las manifestaciones de ciertos cambios en la forma de abordar la historia del país, sobre todo en el campo de la historia económica, se suscitaban interesantes discusiones entre los historiadores de vieja formación y los que se decidieron por las innovaciones. Esa larga tradición positivista en la historiografía nacional hizo que, aún los nuevos historiadores interesados en analizar la dialéctica de las pugnas sociales, muchas veces arrastraran una visión hechológica de los procesos estudiados.

Con respecto a los historiadores del movimiento obrero, aunque lograron una clara renovación temática, no siempre lograron lo mismo en la definición de las nuevas estrategias metodológicas. La interpretación y la crítica, en la mayoría de los casos, no constituyeron la base esencial de sus trabajos. Estos, a menudo, se esforzaron por describir con detalle los éxitos y los fracasos de los trabajadores, en sus reiterados intentos para organizarse y luchar por mejores condiciones de vida. Con respecto a estas primeras investigaciones, debemos destacar también el tratamiento que le dan a las fuentes. En el caso de los historiadores, privilegian, como es de suponerse, el uso de fuentes primarias. Las secundarias se utilizan, básicamente, para reconstruir el marco histórico general que permite ubicar al movimiento obrero, y a la clase trabajadora en general, dentro del desarrollo socioeconómico y político del país. En este sentido, la mayor limitación que se observa en esas investigaciones es la falta de crítica, pues no siempre se hace de las fuentes una evaluación profunda que incite a la búsqueda de otras para obtener una perspectiva más amplia de los procesos en los cuales los trabajadores fueron partícipes.

Por otro lado, es importante señalar que las investigaciones sociológicas se caracterizan por basarse, en gran medida, en fuentes secundarias. Como fuente primaria, generalmente, solo utilizan datos estadísticos, que por su naturaleza no siempre reflejan cuestiones cualitativas necesarias para interpretaciones de fondo, con relación al desarrollo histórico de la clase trabajadora. A todo esto debe agregarse que esa dependencia de las fuentes secundarias le impidieron a algunos in-

vestigadores cuestionar los planteamientos de los primeros aportes historiográficos en este campo, por lo que también participaron de sus mismos sesgos.

En el plano teórico, los sociólogos estaban mejor preparados para hacer sus investigaciones, dado el salto cualitativo que experimentó su disciplina durante los años setenta. Pero la falta de una indagación más profunda en las fuentes primarias que testimoniara la especificidad histórica de los trabajadores, en ocasiones le restó consistencia a sus interpretaciones.

Durante los años ochenta se produjeron nuevas investigaciones sobre la historia del movimiento obrero y sindical costarricense. Entre ellas están *La Crisis de 1929 y la Fundación del Partido Comunista de Costa Rica*, de Ana María Botey y Rodolfo Cisneros, (Editorial Costa Rica, 1984) y nuestro trabajo *Carlos Luis Fallas, su época y sus luchas* (Editorial Porvenir, 1983).

El trabajo de Botey y Cisneros se propone destacar los antecedentes que formaron parte del proceso histórico que condujo a la fundación del Partido Comunista el 1931. Este trabajo representó un cambio metodológico, pues los autores se preocuparon por destacar la interrelación entre la estructura social, la coyuntura de crisis económica de los años 1929 a 1931 y la organización política autónoma de los trabajadores.

La obra *Carlos Luis Fallas, su época y sus luchas* tiene como objetivo principal analizar el papel del dirigente obrero y escritor Carlos Luis Fallas, en las luchas de la clase trabajadora, particularmente de los obreros bananeros. Aunque no se ignora el aporte de Fallas como literato, se destaca ante todo su trayectoria de trabajador y dirigente, principalmente, de hombre comprometido con el proceso de cambio social de nuestro país.

En la parte metodológica, desde nuestro punto de vista, esta obra brinda otra posibilidad para el estudio histórico de las biografías. El personaje el estudio se convierte en un prisma a través del cual es posible reconstruir las experiencias organizativas de los trabajadores con los cuales compartió triunfos y derrotas, todo ello enmarcado por la historia nacional.

Una de nuestras limitaciones en este trabajo es la falta de claridad en las categorías utilizadas, entre ellas: clase obrera, movimiento obrero, clase trabajadora, conciencia revolucionaria, etc. Además, se privilegiaron las fuentes provenientes del PVP, lo cual nos ocasionó ciertas limitaciones conceptuales.

Los dos trabajos anteriores evidencian una marcada influencia de De la Cruz, sobre todo en el tipo de fuentes utilizadas, y en el hecho de que se le asigne a la clase obrera costarricense la misión de convertirse en el sujeto de cambio en la historia. Esta concepción implica una visión de mundo que fue objeto de importantes debates entre los historiadores. Por otra parte, ambas obras insisten en destacar el aspecto organizativo de la clase trabajadora y, sobre todo, el papel del partido y el sindicato.

En los ochentas también se publicó otra obra denominada *El Movimiento Obrero en Costa Rica: 1830-1902* (EUNED, 1983), escrito por Carlos Luis Fallas Monge. Constituye un arduo esfuerzo de investigación, sobre todo de la prensa, cuyo propósito es el de ofrecer una visión general del desarrollo histórico de los trabajadores durante el siglo XIX.

El marco conceptual de este trabajo es claramente positivista. Es notorio que el autor prescinde del concepto de clases sociales, sin recurrir a otro que le sustente por qué habla de «movimiento obrero». Ignora el conflicto social como la fuerza que impulsa las acciones de ese movimiento obrero, y más bien, caracteriza a la clase trabajadora como una masa tranquila, apaciguada y conciliadora.

Sin embargo, es una contribución valiosa por cuanto hurga en un período poco estudiado por otros autores. Parte desde 1830 y moldea una buena caracterización de los primeros gremios aparecidos, algunos de ellos, con el estímulo de los gobiernos: los mineros, los arrieros, los carreteros, los trabajadores de los puertos, los profesionales, etc.

Posteriormente, se publicó un nuevo libro de Mario Oliva, titulado *Artesanos y Obreros Costarricenses (1880-1914)* (Editorial Costa Rica, 1985). Este trabajo, a diferencia de otros, posee un marco teórico bien delimitado. Intenta seguir las

pautas metodológicas del historiador inglés Edward Thompson. En tal sentido, se orienta al análisis de la formación de la clase, trascendiendo, sin dejar de ser elemento clave, las instituciones organizativas, como expresión de la conciencia de los trabajadores.

Oliva se empeña en demostrar que a finales del siglo pasado, y durante las primeras décadas de este siglo, en Costa Rica lo que se dió fue un movimiento artesano-obrero, pues las luchas y las aspiraciones de los trabajadores, fueron determinadas, esencialmente, por los artesanos de los talleres urbanos.

Destaca, además, el papel de la prensa obrera, como expresión de una conciencia teñida de expresiones feministas, antiimperialistas, etc. producto de la influencia anarquista que nos llegó por muy diversos canales. Se trata de un trabajo muy equilibrado, pues sus puntos de vista teóricos se sustentan en una acuciosa investigación de fuentes primarias.

Este trabajo llevó a polémicas en torno a la orientación que seguían las investigaciones sobre la clase trabajadora. Por lo novedoso que resultaba en nuestro país el método aplicado por Oliva, pronto influyeron en ciertos investigadores que comenzaron a aplicarlos en sus estudios.

En 1986 se publicaron otras dos contribuciones relacionadas con nuestra temática. Ellos son *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: La huelga de 1920 por la jornada de ocho horas* (CENAP, CEPAS 1986), de Víctor Hugo Acuña, y *La historia gráfica de las luchas populares en Costa Rica 1870-1930*, elaborada por un grupo de investigadores del Centro de Capacitación para el Desarrollo (CECADE).

El trabajo de Acuña constituye un esfuerzo analítico interesante, que hace de la huelga de 1920 el punto de partida para analizar el proceso de formación de la clase obrera en Costa Rica. Es una interpretación que parte de la información recogida en los trabajos de De la Cruz, Fallas Monge, Oliva y Rojas Bolaños, fundamentalmente. Revisa algunos periódicos de los años 1919 y 1920, pero las fuentes primarias no son el principal sustento de su argumentación.

Es clara la intención del autor de confrontar las tesis de De la Cruz, de ver la clase obrera costarricense como sujeto y protagonista de transformaciones sociales. Insiste en que los obreros costarricenses, desde sus orígenes, muestran una vocación pacifista, consensual, y que la huelga no había sido hasta aquel momento el mecanismo preferido para la solución de los conflictos obrero patronales. El trabajo es importante, sobre todo porque está pensado para llegar a vastos sectores sociales, más allá del ámbito puramente académico. Este trabajo es, a la vez, síntesis y expresión de las polémicas metodológicas entre las dos orientaciones: la denominada historia institucional del movimiento obrero, y la historia de la clase, en todas sus facetas.

La historia gráfica de las luchas populares en Costa Rica como la obra anterior, constituye una síntesis de las investigaciones realizadas sobre el período 1870-1930. Casi no se utilizan fuentes primarias, pues el objetivo principal es el de hacer una obra para la capacitación sindical. Su mayor aporte consiste en la investigación gráfica realizada, por lo que constituye la primera, o una de las primeras experiencias en nuestro país, dirigidas a rescatar ese tipo de fuentes. Por su mismo carácter, no participa de la discusión metodológica de aquellos años.

Por este tiempo se publicó otro estudio realizado por Elisa Donato y Manuel Rojas Bolaños, llamado *Sindicatos, Política y Economía* (Editorial Alma Máter, 1987). Su metodología intenta acercarse a lo que algunos han denominado la «investigación acción». Analiza el período que va de 1972 a 1987, privilegiando los aspectos cuantitativos del movimiento sindical, por ejemplo, número de sindicatos, distribución por rama de actividad, aumento y descenso de la negociación colectiva, número de huelgas, etc. La parte más interesante es la referente a las relaciones entre el Estado y el movimiento sindical, pues los autores examinan con atención el papel del Estado en el estancamiento experimentado por los sindicatos.

Este trabajo persigue un claro objetivo de orden práctico: contribuir a encontrar una estrategia para el sindicalismo, en un momento en el que

los autores consideran que ocurre el agotamiento del modelo sindical surgido en los años treinta y cuarenta.

Las fuentes que se utilizan en esta investigación provienen, principalmente, de la Dirección General de Estadística y Censos, del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social y de las principales obras ya existentes sobre el tema y el período en cuestión.

En 1989 se publicaron otros dos libros: Jorge Volio y la revolución viviente de Victoria Ramírez (Editorial Guayacán, 1989), y Clase trabajadora y organización sindical en Costa Rica 1943-1971 de quien escribe (FLACSO-ICES-Editorial Porvenir, 1989). El primero estudia la fundación del Partido Reformista en 1923 como el resultado de una serie de esfuerzos hechos por la clase trabajadora, desde finales del siglo pasado, en busca de su participación política independiente. En primer término, sintetiza, con base en otras investigaciones hechas para ese período, el proceso de constitución de la clase trabajadora en los sectores urbanos.

Aborda, luego, el panorama sociopolítico durante las primeras décadas de este siglo, como contexto del surgimiento del Partido Reformista, que fue el primer intento sistemático de dotar a la clase trabajadora de una organización política que defendiera sus derechos, y les proporcionara una expresión independiente en los procesos electorales.

El libro de Victoria Ramírez constituye una afanosa investigación de fuentes primarias, especialmente periódicos, memorias, tomos de leyes y decretos, etc. Se diferencia de otras publicaciones sobre el Partido Reformista, en que se propone demostrar el carácter popular de esa organización política. El telón de fondo del accionar político de los reformistas de la década del veinte, lo conformaron el proceso de pauperización y de inestabilidad económica que culminaron con la grave crisis de 1929, aspecto que la autora toma en cuenta a lo largo de su trabajo. Se trata de un estudio que la autora aborda desde la perspectiva de la historia política y de la historia social.

Clase trabajadora y organización sindical en Costa Rica pretende analizar, desde la óptica de la clase trabajadora, la evolución del modelo econó-

mico social y su influencia en el accionar de los sindicatos. No solamente se preocupa de examinar los alcances y las limitaciones del movimiento sindical, sino también de observar las relaciones entre éste, el Estado y los partidos políticos. La interrelación de esas tres variables constituye la columna vertebral de la investigación, pues se pretende con ello explicar las raíces histórico sociales de la crisis que afecta desde los años cuarenta a este movimiento.

Se sustenta en un variado acervo de fuentes primarias: periódicos, memorias, entrevistas, folletos, volantes, discursos inéditos, informes estadísticos, archivos legislativos, colecciones de leyes y decretos, etc.

Otra de las publicaciones relativamente recientes sobre el tema de la clase trabajadora es La Huelga de los Tútiles: 1887-1889 (EUNED, 1989), de Oscar Aguilar Bulgarelli. Pone de relieve los factores socio económicos, demográficos y políticos que propiciaron la llegada al país de los obreros italianos, con el fin de participar en la construcción del ferrocarril al Atlántico. Dadas sus pésimas condiciones de vida, esos obreros protagonizaron en octubre de 1888 la primera huelga que se conoce en nuestro país.

Desde el punto de vista metodológico, esa obra no constituye una innovación, pues se trata de un enfoque histórico tradicional. Sin embargo, nos hace volver a los primeros combates de los trabajadores, aspecto casi olvidado en los últimos años, por parte de los científicos sociales costarricenses. Sus fuentes son tomadas, principalmente, del Archivo Nacional y, en menor medida, de la hemeroteca de la Biblioteca Nacional.

Por último, debemos considerar dos trabajos novedosos que el historiador Víctor Hugo Acuña insertó en una obra mayor llamada Historia Económica Social de Costa Rica (1750-1950) (Editorial Porvenir, 1991). El primero de ellos es el capítulo V de la obra en mención y se titula Clases sociales y conflicto social en la economía cafetalera costarricense: productores contra beneficiadores (1932-1936). Este trabajo se dedica, exclusivamente, al análisis de un sector de los trabajadores agrícolas, a saber, los pequeños y medianos productores de café, y el carácter de las relaciones

económicas y sociales que establecen con los grandes beneficiadores y exportadores, valga decir, con los miembros de la oligarquía cafetalera. El autor determina que esas son relaciones de explotación y de subordinación, fenómeno que se agudiza en el marco de la crisis económica de los años treinta. Este es el origen del conflicto social que protagonizan los pequeños y medianos cafetaleros frente al poder que les impone el sector agroexportador.

El trabajo subraya el carácter de las demandas de esos trabajadores, sus esfuerzos organizativos, las respuestas del Estado y sobre todo, la ausencia de mecanismos violentos en las presiones que se intenta ejercer contra la oligarquía. En ese sentido, una conclusión importante a la que llega el autor es que el método de acción predominante de parte de los pequeños y medianos cafetaleros fue la negociación y no la confrontación.

Este es un trabajo muy sugerente, con el inconveniente de que las fuentes que lo sustentan son escasas, pues se elabora a partir de una sola fuente periodística. El propio autor aclara no haber revisado, por ejemplo, archivos estatales, ni expedientes judiciales.

El otro trabajo que se incluye en la anterior obra citada es *Vida cotidiana, condiciones de trabajo y organización sindical: el caso de los zapateros en Costa Rica (1934-1955)*. (Capítulo 6). Este constituye un interesante trabajo que se propone analizar, desde el entorno cultural de los zapateros, las razones históricas que explican su protagonismo en las luchas sociales que se desarrollaron a lo largo de los años treinta y cuarenta.

Para ello le da un vistazo general al proceso productivo en los talleres de zapatería, la vida cotidiana en el taller, las formas de ocio y de convivencia, el papel del sindicato, etc.

Lo más novedoso de este trabajo es la incorporación de la fuente oral en forma sistemática, complementada con información del periódico del Partido Comunista, es ilustrada con la novela *El Taller* de Carlos Luis Fallas.

ALGUNAS CONCLUSIONES

El inicio de las investigaciones sobre la clase trabajadora costarricense no fue un hecho for-

tuito, pues como bien señala Lucien Febvre «... toda historia es elección» (Febvre; 1974: 20). Efectivamente, el inicio del estudio de la clase trabajadora fue un resultado del singular momento histórico que se vivieron en la década del setenta. Esta se caracterizó por el crecimiento de las ciencias sociales, la expansión de los proyectos políticos de las izquierdas, la radicalización de un sector de la intelectualidad, la dinamización del movimiento estudiantil, principalmente el universitario, y el fortalecimiento de las organizaciones populares. Además, durante aquellos años se observó la apertura del sistema político costarricense, especialmente después de que se legalizó la participación electoral de los partidos marxistas.

Todas estas circunstancias condicionaron, en buena medida, los enfoques teóricos y las opciones metodológicas de aquellas primeras investigaciones sobre la clase trabajadora. Estas, pese a las limitaciones luego subrayadas por otros investigadores, llegaron a ser pioneras en las renovaciones temáticas que experimentaron las ciencias sociales en aquel momento.

Pero esos rasgos no son exclusivos de los primeros trabajos. La gran mayoría de las investigaciones realizadas diez y veinte años más tarde, también se han visto influidas por los condicionantes que impone el momento actual: la crisis de los paradigmas o modelos que guiaron la utopía socialista del siglo XX y, con ello, el retorno de la hegemonía conservadora, el aniquilamiento de las organizaciones populares, el decaimiento de las ciencias sociales, el triunfo en un sector de la intelectualidad de los postulados del posmodernismo, etc.

Ahora bien. El objeto de la historia es el pasado humano. Sin embargo, es innegable que el marco teórico metodológico del que parten los investigadores está determinado por el entorno cultural que le impone el presente. En síntesis, mientras en los años setenta la mayoría de los estudios sobre la clase trabajadora veían, fundamentalmente, la acción reivindicativa de ésta a través de sus organizaciones y sus luchas, la mayoría de las investigaciones que destacan en los últimos años, pretenden ver a esos mismos trabajadores en la búsqueda del consenso y, por ende, en renuncia

permanente a su autonomía como una clase social subordinada.

Ni una cosa ni la otra es totalmente cierta. Lo que ha ocurrido es que los puntos de vista en ambos casos se asumieron en momentos diferentes del desarrollo de la historia. No olvidemos que la construcción del conocimiento, como instrumento hacedor de la cultura, es un proceso colectivo por naturaleza. Los criterios teórico metodológicos de hoy se forjan y sobre los esfuerzos intelectuales del pasado, y el cuestionamiento a las limitaciones a nuestros enfoques actuales desembocarán, así lo esperamos, en la superación de las limitaciones que hoy padecemos.

La historia de los trabajadores se ha construido básicamente, con la misma materia prima, valga decir, con las mismas fuentes y los fondos documentales del Archivo Nacional, los datos de la Dirección General de Estadística y Censos, los archivos centrales de las instituciones del Estado, los archivos existentes de las organizaciones de los trabajadores, las colecciones periodísticas de la Biblioteca Nacional, las entrevistas a dirigentes y trabajadores sobrevivientes, etc.

Sabemos que las fuentes determinan, en buena parte, el resultado de nuestras investigaciones. Debemos recordar con Febvre que la elección de nuestro objeto de estudio es un acto consciente, pero además, «Lo es porque existe el azar que aquí destruyó y allá salvaguardó los vestigios del pasado». (Febvre; 1974: 22).

Nada más difícil que la búsqueda del equilibrio y la ponderación en las tareas de la investigación, pues la recolección de una vasta información que no se guía por un marco teórico adecuado, debilita las conclusiones. Asimismo, puede resultar riesgoso partir de una armazón teórica muy estructurada, pero que no se constata rigurosamente en las fuentes. En cualquier caso, los historiadores no debemos perder de vista que la teoría puede no ajustarse a la realidad en muchos casos, pero que el fenómeno contrario es imposible que suceda. Dicho de otro modo, la realidad no puede desaparecer de la base de una construcción teórica, porque es muy posible que caigamos en simple especulación.

BIBLIOGRAFIA

- Abarca, Carlos. *El movimiento huelguístico en Costa Rica 1950-1960*. Tesis en Historia. U.C.R., San José: 1978.
- Acuña, Víctor Hugo y Molina, Iván. *Historia económica y social de Costa Rica (1750-1950)*. San José: Edit. Porvenir, 1991.
- Acuña, Víctor Hugo. *Los orígenes de la clase obrera en Costa Rica: Las huelgas de 1920 por las jornadas de ocho horas*. San José: Cenap-Cepas, 1986.
- Aguilar B., Oscar. *La huelga de los Tútiles 1887-1889*. San José: EUNED, 1989.
- Aguilar, Marielos. *Carlos Luis Fallas, su época y sus luchas*. San José: Edit. Porvenir, 1983.
- Aguilar, Marielos y otros. *Historia gráfica de las luchas populares de Costa Rica 1870-1930*. San José: Edit. Porvenir, 1986.
- Aguilar, Marielos. *Clase trabajadora y organización sindical en Costa Rica. 1943-1971*. San José: Edit. Porvenir-FLACSO-ICES, 1989.
- Baker, James. *La iglesia y el sindicalismo en Costa Rica*. San José: Edit. Costa Rica, 1978.
- Blanco, Gustavo y Navarro, Orlando. *El solidarismo*. San José: Edit. Costa Rica, 1984.
- Botey, Ana María y Cisneros, Rodolfo. *La crisis de 1929 y la fundación del partido comunista en Costa Rica*. San José: Edit. Costa Rica, 1984.
- De La Cruz, Vladimir. *Las luchas sociales en Costa Rica 1870-1930*. San José: Edit. Costa Rica, 1980.
- Díaz, Elisa y Molina, Natacha. *Condicionantes del desarrollo en Costa Rica*. U.C.R. 1976.
- Donato, Elisa. *Las luchas laborales en el sector industrial de Costa Rica*. Tesis en Sociología. U.C.R., San José: 1980.
- Donato, Elisa y Bolaños, Manuel. *Sindicatos, política y economía. 1972-1986*. San José: Edit. Alma Mater, 1987.

Fallas, Carlos Luis. El movimiento obrero en Costa Rica. 1830-1902. San José: Edit. EUNED, 1983.

Herrera, Lilliana y Santos, Raimundo. *Del artesano al obrero fabril*. San José: Edit. Porvenir, 1979.

Oliva, Mario. *Artesanos y obreros costarricenses: 1880-1914*. San José: Edit. Costa Rica: 1985.

Ramírez, Victoria. *Jorge Volio y la revolución viviente*. San José: Edit. Guayacán, 1989.

Rojas B, Manuel. El movimiento obrero en Costa Rica: Reseña histórica. En: González Casanova, Pablo. *Historia del Movimiento Obrero en América Latina*. México: Edit. Siglo XXI, Tomo II, 1985.